

M. Meglioli, *Los historiadores y sus libros*, Madrid, Guillermo Escolar Editor, 2021, 347 pp.

Ha caído en mis manos un libro recientemente publicado que me propongo presentar. Debo confesar que la naturaleza del escrito me ha parecido algo peculiar. Se trata, en efecto, de una recogida de entrevistas realizadas a un vasto número de historiadores, dieciocho en total, patrios y extranjeros. Después de leer detenidamente la obra llego a la conclusión de que sus valores fundamentales son dos. En primer lugar, este libro contiene un extenso *repertorio bibliográfico* de considerable importancia (de aproximadamente ciento cincuenta libros) de un conjunto de autores y académicos cuya talla intelectual y reconocimiento internacional en sus respectivos campos (historia, historia de las ideas políticas, economía y filosofía) está fuera de duda. Por otro lado, en su mayor parte, los libros de este repertorio son presentados y valorados por sus propios autores, lo que, según Platón, es la regla de oro de la actividad intelectual del escribir: que el padre (el autor) presente y defienda a sus hijos (los libros) para darlos a conocer y evitar los múltiples equívocos a los que sin tal propedéutica están necesariamente abocados<sup>1</sup>. Este vasto repertorio bibliográfico tiene además la virtud de poner al día e informar con cierto detalle de muchas obras para cuya lectura frecuentemente no se dispone del tiempo necesario. De esta manera, llevado de la mano del autor de cada obra, el lector encuentra en este trabajo una presentación resumida del núcleo fundamental de las ideas de cada libro, enmarcada además en el contexto de los intereses científicos y la evolución intelectual de cada autor. En segundo lugar, nos hallamos ante una suerte de *status quaestionis* de las principales corrientes de la historiografía actual: historia intelectual, historia de los conceptos (*Begriffsgeschichte*), microhistoria, historia de los *Annales*, etc. Tal información ayuda en no pequeña medida a orientarse en el vasto mundo de los enfoques y perspectivas adoptados por los historiadores en su modo de narrar la historia, la ciencia de las cosas humanas, una ciencia en absoluto meramente pretérita, sino más bien una ciencia que explica lo que contiene el presente del ser histórico que es el hombre y la sociedad en la que vive.

Precedido de un breve prefacio, quizás más escaso en extensión de lo conveniente (cf. p. 9), este trabajo reúne, más allá de la información sobre las principales líneas de trabajo de cada uno de los académicos entrevistados, preguntas que en su mayor parte “se centran en temas de historia europea y americana desde el siglo XVIII hasta comienzos del XX”, dando una especial

relevancia a cuestiones de historiografía. La visión de conjunto se ha enriquecido con aportaciones de algunos académicos que proceden de otras ciencias, tales como J. L. Villacañas (filosofía), J. Álvarez Junco (ciencias políticas) y Deirdre McCloskey (economía). La nómina de los autores presentados en este libro consta de dieciocho nombres: Robert Darnton, Julián Casanova, Javier Fernández Sebastián, Lynn Hunt, Peter Burke, Bernard Bailyn, Hayden White, Anaclét Pons, David Armitage, Roger Chartier, Elena Hernández Sandoica, José Álvarez Junco, Sebastian Conrad, Richard Whatmore, Ethan Kleinberg, Deirdre McCloskey, José Luis Villacañas y Tulio Halperín Donghi. De todos ellos se presentan en un epígrafe final (“Sobre los autores”) los datos fundamentales biográficos, académicos y de literatura producida. De ellos seleccionamos los autores cuya obra y pensamiento nos han parecido más interesantes: José Álvarez Junco, Deirdre McCloskey y José Luis Villacañas.

José Álvarez Junco (Lérida, 1942), jurista de formación inicial, posteriormente politólogo, cursó ambas carreras en la Universidad Complutense. Ha sido catedrático de la Historia del pensamiento político en la Complutense y director del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. En ciencias políticas fue discípulo de José Antonio Maravall y Luis Díez del Corral, ambos catedráticos de historia del pensamiento político de “alta calidad” en palabras del propio autor (cf. p. 199).

*La ideología política del anarquismo español, 1868-1910* (1976) es un estudio, no una apología, del anarquismo. Este movimiento político, arraigado principalmente en Barcelona, compartía intereses con otras zonas menos pujantes económicamente (cf. 204). “El anarquismo español es hijo del comunitarismo cristiano”, no del individualismo liberal (cf. p. 205). Tenía dos centros en España: la bética andaluza, como ámbito rural, y Barcelona, no Cataluña, la zona más industrializada de España. El anarquismo español se caracterizaba por dos rasgos inequívocos: de un lado, el odio a la política institucionalizada y su consecuente abstencionismo y, de otro, un anti-reformismo que repudiaba toda reforma y quería solo la revolución.

Otro campo de estudios de Álvarez Junco es Lerroux y su mundo, tal como se puede ver en *Periodismo y política en el Madrid de fin de siglo: el primer lerrouxismo* (1983) y *El “Emperador del Paralelo”, Alejandro Lerroux y la demagogia populista* (1990). El interés de Álvarez Junco por Lerroux se debía a la procedencia anarquista de este político. “Pero luego me enteré de que era

<sup>1</sup> Cf. Platón, *Fedro* 275 d – e

un republicano, en aquel momento relativamente joven, que estaba intentando renovar el republicanismo con un discurso populista, anticlerical, demagógico” (p. 207). “Me interesaban varios aspectos, como: ¿en qué consiste el atractivo del político? ¿cómo es posible que un hombre que no tiene gran altura intelectual se convierta en líder?, ya que tenía muy mala formación y no tenía honestidad personal. Se sabía que era un político corrupto y se supo de ello bastante pronto” (p. 207). Además, españolista como era, ejercía una gran atracción en Barcelona. “Miles de personas votaban por él, sobre todo del mundo obrero, y estaban dispuestas morir por él. Eso de «morir por él» es un eufemismo, en general quiere decir «matar por él». Y estos, sobre todo, estaban dispuestos a quemar iglesias” (p. 207).

En *Mater dolorosa: la idea de España en el siglo XIX* (2001) se retrotrae hasta el jesuita Juan de Mariana, que a finales del siglo XVI publicó su *Historia de rebus Hispaniae* con el propósito de clarificar el alcance semántico y político de la idea de nación. Más adelante, ya con la Ilustración, hay autores muy cercanos a la idea de ‘nación moderna’, como Cadalso y Jovellanos, los cuales “se acercan a las formulaciones del nacionalismo moderno y por eso ligan con el nacionalismo de la Cortes de Cádiz de 1810-1812” (p. 210). Más adelante, en *Las historias de España: visiones del pasado y construcción de identidad* (2013) aborda la institucionalización de la Academia de la Historia y su aportación a la historia de España. En efecto, “todos los ilustrados, no solamente Feijoo y Campomanes [...] tuvieron una visión moderna [de España], pero a la vez necesitaban un anclaje de la historia”. De ahí que andaran en busca de un paraíso original, un mito, y en España eso se encuentra en los visigodos. “Los visigodos son los fundadores de la nación y son los que hacen recaer el poder sobre el pueblo español [...] La prueba de ello es que aproximadamente la mitad de los trabajos de la Academia de la Historia a lo largo del siglo XVIII versa sobre los visigodos” (pp. 209-210). La obra de los ilustrados, pues, tuvo gran influencia en este estado de opinión (cf. p. 211). Pero fue la guerra anti-napoleónica la que originó la idea de nación española. Se trató de un acontecimiento de enorme relevancia política, porque fue el momento de una sublevación generalizada contra una nueva dinastía impuesta por Napoleón. Sin embargo, el sentido de esta idea de nación española fue muy diferente según el grupo de pertenencia. Entre las élites ilustradas la idea de nación estaba unida a la idea de libertad y a la defensa de las libertades constitucionales. En cambio, entre el pueblo combatiente contra Napoleón y entre las guerrillas la idea de nación española era bien distinta. “Lo lógico es que fuera una visión mucho más tradicional. Para ellos, la nación consistía en dos cosas: una, ser súbdito del rey Fernando VII, y otra, ser católico y fiel a la verdadera religión. Por esas dos razones se oponían a Bonaparte” (p. 213).

Deirdre Nansen McCloskey (Ann Arbor, EE.UU., 1942) es una economista e historiadora económica norteamericana. Doctorada en la Universidad de Harvard en 1970, ha sido profesora de Historia económica en las universidades de Chicago, Iowa e Illinois. Confiesa

haber recibido de sus padres el gusto de la lectura de los grandes autores, los “gloriosos muertos”. “Mi padre era historiador del derecho constitucional en Harvard y mis padres respetaban a los *gloriosos muertos* como interlocutores del pasado” (p. 255). De convicciones socialistas en su juventud, se dedicó a la carrera de economía, porque le “parecía más relevante pasar salvar a la clase obrera” (p. 255). Con el trabajo *Does the Past Have Useful Economics?* (1976) salió en defensa del mantenimiento en el plan de estudios universitario de una disciplina histórico-humanística que llevara al conocimiento de los economistas clásicos, tales como Adam Smith y John Stuart Mill (cf. 259). Con este trabajo salía al paso de un precedente libro, de George Stigler, titulado *Does Economics Have a Useful Past?* (1969), que abogaba por la eliminación de la historia económica en los planes de estudios. Pocos años después la Universidad de Chicago acogía la recomendación de Stigler. “Ahora [la Universidad de Chicago], como la mayoría de los departamentos de economía lo hacen en todo el mundo, forma jóvenes académicos que no saben nada sobre el pasado de las economías que estudian [...] No estudian *personas muertas* en absoluto” (p. 260).

A la pregunta de qué tienen que ver las humanidades con las ciencias responde McCloskey estupendamente, creemos. “En los últimos diez años he llegado a comprender que las humanidades (*Geisteswissenschaften*) son las ciencias de la cualidad [como modo de ser distinto de la cantidad], las ciencias de las categorías” (p. 261). El eco aristotélico de estas palabras es palmario. Las ciencias humanas son así según McCloskey el ámbito científico de estudio del *quale* (*qualitas*), a diferencia de las ciencias experimentales que se ocupan del estudio del *quantum* o de la *quantitas*. “Tenga en cuenta que para *medir* cualquier cosa debe saber antes qué tipo de cosa es” (p. 262) y eso es una pregunta que escapa a las ciencias cuantitativas. El estudio de las matemáticas afronta la dimensión cuantitativa de cualquier cosa, con completa abstracción de qué es aquello que estudia. Por eso, las humanidades, además de su papel central en el estudio del significado [para la vida] humana, son un primer tipo de acercamiento para toda ciencia descriptiva o normativa, ética o política que sea (cf. p. 262). No es de extrañar que una pensadora preocupada por el carácter científico de las humanidades se interese igualmente por el modo de expresarse y escribir propio de la inteligencia humana. Gramática y retórica, para usar los viejos nombres griegos, siguen siendo imprescindibles como conjunto de leyes del decir claro y persuasivo<sup>2</sup>. Así lo ha hecho McCloskey en *The Rethoric of Economics* (1985), *Knowledge and Persuasion* (1994) y *Economical Writing* (2000). La tercera edición de esta última obra, de hecho, ha recibido, un nuevo título: *Thirty-Five Rules*

<sup>2</sup> En el naciente sistema académico de la Edad Media (Escuelas catedrales y Estudios generales) se distinguían tres ciencias formales, previas al estudio de las cosas, a las que llamaba de ordinario *dialéctica* (lógica), *gramática* y *retórica*, que debían ser estudiadas por este preciso orden. Y ello porque, como quiera que el pensar es de algún modo previo al decir, supuestas las reglas del correcto razonamiento (lógica), se debía estudiar el modo de expresión correcto (*ars recte dicendi* o *gramática*) y el modo de expresión elegante y persuasivo (*ars pulcher dicendi*, *retórica*).

for *Clear and Persuasive Prose*. Este modo de exponer y escribir en cosas de economía ya lo habían puesto en práctica exitosamente autores como James McPherson y Paul Krugman.

José Luis Villacañas Berlanga (Úbeda, 1955), doctor en Filosofía por la Universidad de Valencia, en la actualidad es catedrático de Filosofía en la Universidad Complutense y director de la Biblioteca Saavedra Fajardo de Pensamiento Político Hispánico.

En *Historia del poder político en España* (2014) Villacañas ha empleado un término tomado en préstamo de Helmuth Plessner, la *nación tardía* (*die verspätete Nation*) y lo ha aplicado a España. Pero, ¿qué es una *nación tardía*? Plessner considera a Alemania como una nación tardía por el hecho de constituirse como Estado-nación mucho más tardíamente que otros pueblos. “Constituirse como Estado-nación significa que el Estado recibe la idealización, la sublimación de ser el representante sustancial de la nación” (p. 273). Pues bien, en Alemania idealización del Estado nunca ha tenido lugar, porque en su seno conviven dos naciones, la católica y la protestante. El carácter de nación tardía es la garantía en Alemania de la distancia entre la nación y el Estado, que carece de ideales sublimatorios. En cambio, las *naciones originarias* (fundamentalmente, Francia e Inglaterra, pero también las pequeñas naciones protestantes del norte de Europa, como Dinamarca y Suecia) son aquellas en las que en algún momento el Estado ha podido imbuir al pueblo de la idea de ser el “pueblo elegido”, bien por ser el valedor de la religión reformada (protestante), bien por ser el estandarte de la razón (Francia). Pues bien, Villacañas cree que España se parece más a una nación tardía que a una originaria. “Tuvo su momento de nación primaria en Castilla, pero eso no se ha transferido al Estado” (p. 274). Así, “el Estado en España es el resultado de la unión de un grupo de naciones vinculadas a una monarquía cuya idealización no era el pueblo español como el pueblo elegido, sino esa monarquía considerada elegida para defender a la Iglesia católica que es un pueblo universal” (p. 274). De ahí que “el Estado en España sea una organización supranacional” (p. 274). Con los Austrias se ve perfectamente esta estabilización política que se realiza en los siglos XVI y XVII, de manera que cuando los Borbones quieren construir un Estado-nación se topan con muchas resistencias (cf. p. 275).

En el primer tomo de la colección *La inteligencia hispana, El cosmos fallido de los godos* (2017)<sup>3</sup> se afrontan algunas cuestiones metodológicas comunes a todo el proyecto. Entre ellas está, según Villacañas, el

estilo psíquico propio de un pueblo inseguro: el carácter apocalíptico, la pulsión extrema apocalíptica que, según Villacañas, es el estilo hispánico. “El cristianismo mozárabe, el cristianismo que todavía no ha sido influido por las corrientes cristianas europeas, impone como lectura dominical, la lectura del Apocalipsis. No las Cartas, no los Hechos, ni siquiera el Evangelio, sino el Apocalipsis. Esto ha sido formador” (p. 278). Tal estilo solo se siente seguro en el momento del conflicto definitivo, último, en el que, segadas las vías de la reflexividad, no tiene ya sentido sentarse a dialogar. De otro lado, el imperio siempre es el esquema político afin al Apocalipsis. “Imperio y Apocalipsis siempre van juntos” (p. 281). Sea de ello lo que fuere, *La inteligencia hispana* es más un proyecto de historia de las ideas que de historia sin más. Se trata de una historia intelectual de España (cf. p. 283). El objetivo personal de Villacañas es “analizar determinados personajes que desde el punto de vista de la historia intelectual me parecen centrales [...] no solo hacer una alusión a san Isidoro, sino explicar realmente cuál es el sentido del proceso de conversión de los godos al catolicismo. Y para eso tenía que explicar a Gregorio I [Gregorio Magno], porque sin el proyecto papal de Gregorio I es completamente imposible entender la presión para la conversión al catolicismo de Recaredo” (p. 283). Se intuye tras este proyecto algo semejante, aunque de signo distinto, a la *Historia de los heterodoxos españoles* de Menéndez Pelayo con una inspiración, en última instancia, de matriz orteguiana. El propio Villacañas así lo afirma algo más adelante. Explicar por qué nuestra historia intelectual ha sido así y no de otro modo no ha sido intentado más que por Mariana (en el s. XVI) y Menéndez Pelayo (en el XIX). “Creo que es para nuestra vergüenza como pueblo el hecho de que todavía Menéndez Pelayo sea el único que ha dado una visión general y que antes de eso solo Mariana lo antecede” (p. 284). De ahí se sigue la consecuencia de la incapacidad de percibirnos como españoles en nuestra propia historia y que tengamos que hacer nuestra la percepción que ingleses y franceses tienen de nosotros. Un pueblo que no es capaz de hacerse presente a sí mismo con el suficiente rigor y capacidad reflexiva no puede aspirar prácticamente a nada, dice Villacañas (cf. p. 285). Escribir, pues, una *historia intelectual de España* es un proyecto arriesgado, pero Villacañas lo entiende como un deber de conciencia, un “deber patriótico” al que a un filósofo como él no es lícito sustraerse.

Leopoldo José Prieto López

<sup>3</sup> De dicha colección han aparecido dos volúmenes más: *Eremitas, andalusíes, mozárabes. Las sociedades ibéricas bajo el poder islámico* (2018) y *El gran siglo de Abderramán III: crisis y europeización de los poderes hispanos (912-1065)* (2019). Del volumen 2º, *Eremitas, andalusíes, mozárabes*, yo mismo he preparado una recensión en *Res Publica* 24/1 (2021) 99-103.